

*no contra su amigo Lezama, relación que comenzó a cultivarse con el famoso Coloquio que ambos mantuvieron en febrero de 1937. ¿Podría hacer una valoración sobre las cuestiones que allí se plantean sobre la existencia de una identidad insular?*

—Sí, mira. La primera carta que yo recibí de Lezama fue cuando yo acababa de entrar en la Universidad y él recién salía. Para entonces ya se había generado este grupo de poetas que había comenzado con una revista en el 37 que se llamó *Verbum*. Después vino *Espuela de Plata* que fue mucho más integral, y más adelante hubo peleíllas, como siempre pasaba en los círculos literarios de la época, y el grupo se dispersó. Entonces salieron revistas digamos más personales, como *Nadie parecía* del padre Gaztelu y Lezama solos. Virgilio, que era el «enfant terrible», el que estaba contra todo siempre, hizo *Poeta*, y por último *Clavileño*, que la hacíamos Eliseo, Fina, Gastón y otros. Gastón Baquero que murió en España era un gran poeta, aunque equivocado políticamente al final de su vida. No sé por qué, nunca lo entendí, pero era un escritor con una cualidad indiscutible. Por una parte nos dejó una obra ensayística seria sobre Alejo Carpentier, Luis Cernuda, y escribió también uno de los mejores poemas que se han escrito sobre César Vallejo, comunista de toda la vida, y así sucesivamente. Sus más entrañables artículos fueron siempre de izquierda, y sin embargo el *Diario de la Marina* después le hizo mucho daño, pero recientemente se le ha hecho a este gran poeta justicia en Cuba con la presentación de *Los frutos sonoros* en una Feria del Libro celebrada aquí en La Habana. En este libro se encuentra recopilado lo mejor de la poesía de Gastón de todos los tiempos, hasta su muerte. Y en cuanto al tema lezamiano de la «insularidad», apareció en una carta que se hizo famosa no porque me la escribiera a mí, sino porque la hizo él. Porque yo le invitaba a una lectura en la Universidad de La Habana, en donde iba a estar él, iba a estar Mirta Aguirre, que era una escritora comunista, el padre Ángel Gaztelu y Gastón, con la presentación de Guy Pérez Cisneros —recuerda ese nombre porque es importante aunque en *Orígenes* apenas figurara— que era un crítico de pintura. Lo más importante que me decía en esa carta Lezama tiene que ver con el *Coloquio*, porque él decía que teníamos que aspirar a una «teleología insular». Ya no solamente la cosa mítica de las islas, que desde luego es un tema que trató también Gastón y que nos inspira siempre, porque las islas son misteriosas. Martí decía que las islas dan una fuerza especial, probablemente lo decía porque era un hombre isleño, pero yo creo que hay algo de eso en relación

con las Islas Canarias, y tú sabes que tenemos una relación muy peculiar con estas islas. Martí dice que cuando Victor Hugo fue desterrado a la Isla de Guernesey su obra adquirió un gran esplendor debido a la «fuerza de las islas». Pero el problema específicamente de la teleología, que nada tiene que ver con la teología sino con la finalidad, es que Cuba había perdido su finalidad histórica. Cuba desde la muerte de Martí y la injerencia de los Estados Unidos perdió su teleología histórica, y para rescatar eso pensaba Lezama que estábamos los poetas, no los políticos, y ese es uno de los secretos de *Orígenes*. Te lo digo porque está en la carta, no estoy inventando nada. Y *Orígenes* fue muy atacada tanto por la izquierda como por la derecha, como apolítica, como de espaldas al pueblo, como que no nos interesaba la tragedia de Cuba, y es algo totalmente falso. Primero estaban las llamadas «Señales» de Lezama, que aparecen en casi todos los números de *Orígenes*, entre las cuales hay una que se cita con frecuencia ya, antes no, en donde dice que «un pueblo frustrado en lo esencial político puede hallar expresión por otros cotos de mayor realeza». Pero no desconoce nuestra frustración republicana en lo esencial político. Como Martí decía, «la política, ¡ay!, que es la patria», sin ella no se puede hacer la historia. La política es necesaria aunque sea lamentable, es inevitable para la vocación de independencia, soberanía y justicia. En Cuba tuvimos la suerte que desde el año 68 en que comienza la Guerra de Independencia con Carlos Manuel de Céspedes, se fundió absolutamente el ideal de independencia con el ideal de justicia social. La independencia con la abolición de la esclavitud, no como en los Estados Unidos que se independizaron y crearon una democracia con millones de esclavos.

—*Y habría que esperar casi un siglo para resolver esa cuenta pendiente de esclavos y abolicionistas contra grupos dirigentes en Estados Unidos...*

—Pero ni siquiera con esa guerra se acabó allí el racismo, que ha tenido manifestaciones espantosas como el Ku Kux Klan y otras cosas que todo el mundo conoce. Desde el principio los cubanos quisieron hacer las dos cosas a la vez, no una separada de la otra: abolición de la esclavitud con independencia, e independencia con abolición de la esclavitud. Esto me parece que es muy importante aunque sea una formulación muy sencilla, pero que establece una diferencia.

—*En esta lucha ocupó un papel fundamental el círculo delmontino; me refiero a Cirilo Villaverde, Anselmo Suárez y Romero, el esclavo*

*Juan Francisco Manzano y otros escritores que denunciaron las prácticas esclavistas tempranamente al mismo tiempo que —como Ud. señala— iniciaban un programa político independentista. Pero al igual que ocurrió con los insurrectos de Aponte, el grupo se disolvió y algunos miembros fueron brutalmente asesinados en la llamada Conspiración de la Escalera.*

—Ah, no, no, eso ni hablar. La historia de la lucha contra la esclavitud es espantosa. Ahora mismo se está conmemorando el aniversario de Manzano, que no tuvo una educación de ningún tipo. Primero tuvo aquella ama aceptable, si es que tal cosa es posible, pero después tuvo una sádica, una mujer monstruosa que le torturaba física y psíquicamente. Pero sin embargo se hizo de una cierta cultura fragmentaria, como pudo, y escribió una autobiografía desgarradora y poemas muy buenos. Pero todo esto empieza con un cura, el padre Félix Varela, que es el fundador de la cultura en Cuba, profesor y sacerdote del Seminario de San Carlos en La Habana, donde ya había existido el antecedente de José Agustín Caballero, profesor de este seminario, que había puesto en duda la autoridad de los santos padres en cuanto filósofos. O sea, que en materia filosófica, según él estableció, ya no se podía jurar por ellos como intocables. No, no, con la razón todo se puede discutir. Y empieza además la conciliación entre ciencia y fe. Así empieza la cultura cubana, y no siempre ha sido respetada esa inspiración inicial. Lo cierto es que luego viene el padre Varela que se le conoce sobre todo por el juicio de José de la Luz y Caballero, quien fue el continuador de él, y lo llamó «el primero que nos enseñó a pensar», o «el que nos enseñó primero a pensar», se discute cuál de las dos versiones es la más correcta. El padre Varela fue un hombre extraordinariamente adelantado en su tiempo. Él empezó siendo liberal, muy americanista y comprometido con la causa general de toda Latinoamérica y del Caribe. Y cuando finalmente logra la diputación para las Cortes de Cádiz —donde se discutía la nueva Constitución liberal— se dio cuenta de que con España no había nada que hacer, entonces vota en contra de Fernando VII y presenta un proyecto de abolición de la esclavitud, todo lo cual le costó el destierro hasta su muerte. Te cuento todo esto porque sin el padre Varela no se entiende nada, porque realmente fue el fundador cultural de este país. Pero bueno, tú no has venido a que te hable de otras cosas...

—*Permítame regresar a este Coloquio que ha sido citado numerosas veces aunque apenas analizado en profundidad. En mi opinión no parece haber un entendimiento entre Lezama y Jiménez, debido quizás*

*al escepticismo de este último ante la existencia de una «sensibilidad» particular en el hombre isleño. Jiménez considera esta teoría un mito, y sostiene que la única manera de legitimarse es mirar hacia adentro, o lo que es lo mismo, «internalizarse». Esto mismo había sugerido a los jóvenes intelectuales puertorriqueños de la Generación del Treinta antes de su llegada a Cuba. ¿Sabe Ud. si Lezama había leído el ensayo Insularismo de Antonio S. Pedreira?*

—Mira, la mitología insular se convierte para Lezama en la teleología insular. Hay que devolver a la historia de Cuba su sentido libertario y de justicia. Esa es la esencia del país como tal, de lo contrario... A nosotros nos conmueve mucho el caso de Puerto Rico. Tú sabes que Martí siempre pensó que tenía también un compromiso con la liberación de Puerto Rico. Pero aunque Cuba ha tenido inmensas desgracias no ha tenido la desgracia de ser una neocolonia hasta el día prácticamente de hoy. Yo cuando estuve en Puerto Rico me quedé asombrado —y eso fue en los años setenta, supongo que hoy día debe ser igual—, porque ese país está intacto culturalmente. Tiene una penetración norteamericana tremenda, pero cuando entras en la casa de un puertorriqueño los sabores, la comida, las costumbres, el habla, inclusive el «brother» que es ya puertorriqueño, todo está impregnado de un sabor muy de ellos. Pero además tiene poetas tremendos, tiene pintores, tiene dramaturgos, de todo. Allí hay una música, la plena y la bomba, que es esencial, como el son cubano. Y volviendo a tu pregunta, la gran relación comienza realmente con Pedro Albizu Campos, quien como Martí fue una figura tremenda, con unas virtudes enormes y esenciales para su país. Desafortunadamente tuvo que estar muchos años en la cárcel, y además con tratamientos muy especiales que parece que sufrió. Por eso cuando regresó a Puerto Rico estaba totalmente destruido. Pero sus discursos son maravillosos, yo tengo algunas grabaciones de él. Y me di cuenta cuando estuve allí que es una figura que está viva. Con todos los problemas que pueda tener la liberación de una colonia, creo que es la misma colonia —para lo bueno y para lo malo— la que debe hacerse responsable de su propia liberación. Y Puerto Rico merece ser un país libre y correr sus propios riesgos como los corremos nosotros, que no estamos en lo perfecto ni nada parecido, pero hemos asumido lo nuestro.

—*Dígame una cosa, ¿cree que el hecho de que Jiménez no prolongara su estancia en la Isla tuvo en parte que ver con la inestabilidad del país durante la República?*

—Bueno, realmente a ninguno se le propuso nada estable para quedarse en Cuba. Ni siquiera a María Zambrano, que se quedó año tras año aquí, con algunos viajes a Puerto Rico y México, pero volvía. En el caso de Juan Ramón yo estoy convencido de que él se hubiera quedado en Cuba. Hay una anécdota que es muy graciosa, y quizás tú te acuerdes porque Zenobia la cuenta en su *Diario*. Ellos eran melómanos y oían mucho en la radio la Orquesta Filarmónica de Nueva York dirigida por Toscanini. Una noche Zenobia empezó a oír una transmisión y entonces ella manda un recado para Juan Ramón, «¡que suba, que suba, que estoy oyendo una música maravillosa!» [sonríe]. Y la respuesta de Juan Ramón a Zenobia fue que estaba esperando que pasara el carrito del helado que solía pararse frente al hotel. Y Zenobia se preguntaba por qué Juan Ramón tenía que pasarse horas y horas en el portal del hotel. La propia Zenobia se extrañaba de que él lo pasara bien con aquellas gentes que no tenían nada de intelectuales, ni de poetas, que era gente común y corriente que se hospedaba en el hotel o que simplemente pasaba por allí. Esta anécdota te da una imagen completamente divergente de esas dos personas, que por otra parte se querían tanto. Pero a él le gustaba La Habana, le gustaban los cubanos, él se sentía bien aquí. Yo nunca lo vi disgustado en Cuba y Fina tampoco.

—*Ya que menciona Ud. el Diario, según algunos comentarios de Zenobia, ésta no pareció sentirse del todo a gusto en La Habana.*

—Mira, aquí había un presidente que decía que las mujeres mandan [sonríe]. Será verdad o no, pero en lo doméstico casi siempre es cierto. Influyen mucho, y no es que ella se opusiera abiertamente, pero no se sentía dispuesta a quedarse en Cuba. Puerto Rico era otra cosa, porque Juan Ramón dijo varias veces cuando se fue para Miami que por poco se vuelve loco porque él no resistía la ausencia del español. Y a Zenobia le gustaba más lo norteamericano, y eso es muy lícito, no hay que criticárselo. Por otra parte a Juan Ramón le ofrecieron en Puerto Rico una cátedra e hicieron la Sala Zenobia-Juan Ramón en la Universidad. Y ya que comentabas antes la relación entre el Caribe y Andalucía, él tiene escrita una semblanza de la mujer puertorriqueña en la calle, en la tienda, en la vida normal, que es en definitiva casi una mujer andaluza. Y es cierto que él se sintió también muy bien en Puerto Rico.

—*Yo creo que Ud. debería escribir sus memorias.*

—Sí, pero lo que pasa es que cuando todo el mundo piensa que uno debe escribir sus memorias es cuando uno empieza a perderla [sonríe].

—*¿Tiene algún proyecto en mente en estos momentos?*

—Bueno, he hecho últimamente algunos apuntes memoriosos que puede que se publiquen, porque también hay muchas cosas que se tergiversan y se dan versiones que uno sabe que no son ciertas. Lezama sufrió mucho con todas las confusiones que se crearon en los años 70, y él nunca estuvo en contra de la Revolución. De eso quiero contar una de las últimas cosas que dijo Lezama y que un amigo suyo las copió en un almuerzo que tuvo con él, porque le llamaron mucho la atención. Me refiero a David Chericián, escritor cubano fallecido en Colombia. Él recordaba que Lezama le dijo a propósito de toda aquella situación: «Soy asmático, soy un elefante, pero si alguien viniera [y ya todos sabemos a quien se refería] túmbenme en el suelo, les serviré de trinchera». Les serviré de trinchera, ese es el Lezama final, bien dolorido. Y no había razón para todo aquello, fue una cosa gratuita. Bueno, discúlpame tantas explicaciones.

—*No, por favor. Gracias por estas aclaraciones, y espero que viva Ud. por muchos años para deleitarnos con su memoria.*

—La memoria surge como necesidad y hasta como deseo cuando menos se tiene. Muchas gracias.

*La Habana, 10 de junio de 2004*